

Lourdes Ortiz

FEDRA

Colección de Teatro
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Lourdes Ortiz

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Septiembre de 2013

Ediciones Irreverentes S.L.

www.edicionesirreverentes.com/Teatro.htm

ISBN: 978-84-15353-53-9

Depósito legal: M-8606-2013

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación: Absurda Fábula

Portada *Fedra*, de Alexandre Cabanel

Imprime Cimapress

Impreso en España.

Fedra fue estrenada en el año 1984, en el Teatro Lope de Vega de Sevilla, tras ser presentada en el 2º certamen de teatro Madrid-región (Getafe), con el siguiente REPARTO:

Marta Baro: Personajillo A del Coro, Enona, La feminista, La gitana

Jesús Prieto: Personajillo B del Coro, El camarada,

Julia Royo: Fedra

Daniel Sarasola: Hipólito

Luís Valdivieso: Teseo, el Maestro

Escenografía: diseño y realización: Jaime Munárriz

Iluminación: T.A.D.

Vestuario: Julia Royo

Máscaras: Soqui Rojo

Música compuesta para la obra: Jaime Munárriz

Ayudante de dirección: José Andrés Rojo

Dirección: Lourdes Ortiz

ESCENA 1^a

FEDRA en su alcoba. Ensimismada

FEDRA.— Es chiquito como el ámbar gris y jugoso, dulce y agrio como los cepillos de dientes, flexible y ágil como las antenas de televisión, que gimen asustadas de su propia belleza sobre los tejados de la ciudad.

Entra ENONA.

ENONA.— Fedra, niña, quítate esos pájaros de la cabeza. Tampoco vendrá esta noche.

FEDRA.— Sí vendrá, dueña; sí vendrá.

Sabes, dueña, me pongo lorquiiana cuando pienso en él, se me revuelven las entrañas y me galopan corceles de crines negras en la cintura.

ENONA.— En la cintura. ¡Ya te daba yo, ya..! A eso yo le llamo de otra manera. Pero no son palabras para una casa respetable.

FEDRA.— ¡Ay, dueña! Cuando galopa sobre mis espaldas, cuando pone espuelas sobre mi vientre, crea cruces de tomillo que florecen como candelas encendidas.

¡Ah, su marca indeleble sobre mi lomo! Yo becerro, yo ternero con la divisa prendida a fuego sobre mi carne.

ENONA.— Y Teseo mientras, se larga. ¡Quien su hacienda deja vacía.!

FEDRA.— ¡Ay, dueña! Dueña, ¡si viniera esta noche! ¡Ay!: la danza repetida sobre la alfombra, mientras los jilgueros tronaban en las gargantas y se hacían plumón entre los muslos dispuestos a levantar el vuelo con sólo alargar la mano! Y después era ciprés erguido lamiendo los vientres de todas las tumbas. Y ahora esta sed, esta sed que nadie sino él puede apagar.

ENONA.— Niña, él ahora está con los suyos; donde siempre debería haber estado. Niña, tú estás enferma.

FEDRA.— Él vino a mí y me dijo: «Bendita tú eres entre todas las mujeres» y aún puedo percibir el resplandor luminoso de sus rayos dorados al atravesar la habitación. Y yo sólo pude inclinar la cabeza, cruzar las manos y dije: «Hágase en mí.»

ENONA.— No fue tan simple, Fedra. Tú sabes que no fue así.

FEDRA.— Hacía calor. Recuerdo el hormiguelo de las chicharras entre las sábanas cuando él se dejó caer. Sonaban crótalos sobre la almohada y, bajo su mirada yo, transfigurada y gloriosa, ascendí a los cielos envuelta en un manto de nubes. Hágase en mí según tu palabra y según tu deseo. Tú, caballo alborotado, tú yegua, tú potrillo,

arcángel celestial que galopas sobre las azoteas creando ascensiones irreparables en todas las ventanas. ¿Por qué huiste y me dejaste con gemido? Como el ciervo también tú, como el gamo, como el viento de la tarde que lame las mejillas y refresca y que, cuando parte, reseca la piel.

ENONA.— Tendríamos que llamar a un médico. Tú deliras, niña.

FEDRA.— Es la fiebre, dueña. La fiebre que nos une tarde tras tarde, noche tras noche; la fiebre que provoca inundaciones en el lecho, que hace estallar miles de estrellas encendidas, como dardos que agujonean la carrera de las piernas, el aleteo de los brazos. Él, abeja solícita que derrama su néctar sobre los pétalos siempre abiertos y preparados para recibirle, él.

ENONA.— ¡Ay, niña! Lo que no puede ser, no puede ser y a todos va a golpearlos este pecado.

FEDRA.— Son los dioses quienes lo quisieron. Ellos propiciaron la Anunciación. Yo recogida y sola hasta que el Verbo se hizo carne y yo fui la elegida.

ENONA.— ¡Los cielos no pueden perdonar esas blasfemias!

FEDRA.— Dios mío, dueña ¿dónde estará? Sabes, ahora, si abro los ojos, veo los ríos con el cauce perdido, los balcones descolgándose de las fachadas, los coches estrellándose en las veredas. Veo acantilados construidos con la espuma solidificada de estas lágrimas. A él no le

gusta verme llorar. Me quiere fuerte, me quiere firme. Y por eso me trajo la risa. Yo que casi había olvidado cómo se reía. Cuando se sienta a mi lado construimos castillos en cuyas almenas brillan las armaduras de todos los deseos, soldaditos de plomo dispuestos a abandonar sus lanzas enredadas en los arrayanes. Y él, como el unicornio, deja reposar su cabeza sobre mi falda y sueña con fronteras que atravesar, con países remotos que pueden ser explorados.

ENONA.— Mejor sería para todos que se quedara donde está. ¡Y pensar que yo te animé entonces! Fedra, basta de bobadas, deja el tono trágico y vuelve a la tierra. Las cosas son como son: ha sido un buen dulce, carne joven que nunca viene mal, pero las cosas han llegado ya demasiado lejos. ¡Deja tranquilo a Hipólito! Y si no, toma lo que te da, cuando te lo dé, y santaspascuas.

FEDRA.— ¿Qué vas a entender tú? ¿Qué va a entender nadie? ¡Carne joven, dices.! Y risa joven y esperanzas desparramadas entre los dedos, en el hueco de la mano; y todas las maravillas de la tierra acumuladas en esos ojos grandes tan azules, que todo quieren aprenderlo, que todo lo esperan. Él es mi esposo, dueña. Mi único y legítimo esposo, aquél que me corresponde según el designio que puede leerse en el vuelo de las aves o en el hígado rojo de los terneros. Por eso nada ni nadie puede arrebatármelo.

Personajillos A y B cantan el:

CORO DEL AMOR RADIANTE

Cupido, aturdido muchacho,
que sin tino manejas llamas y flechas
¡Con qué acierto dirige sus dardos!
Penetra la pasión hasta el tuétano
y el fuego poderoso abrasa las venas.
Es pequeña la herida,
pero su mal horada hasta los huesos.
Aviva la llama feroz del joven
y reaviva el calor apagado del anciano.
Hierde con fuego ignoto
el corazón de la virgen.
Hasta la madrastra cruel es vencida
por la amorosa pasión.

ESCENA II

HIPÓLITO.— ¿Lo saben ya? Yo, el chivo expiatorio, yo el bueno, el incorruptible, el casto. Yo también conozco las versiones anteriores y tengo que prepararme para lo peor. Y sin embargo, siento defraudarles; no sé cómo será el final, pero sí sé una cosa que a ustedes no va a gustarles demasiado, y es que a mí, Hipólito, en este caso y frente a todas las predicciones -son cosas de los tiempos, supongome encanta mi madrastra, en realidad me vuelve loco. Es como. ¡Que me perdone Diana! Ni amo los bosques, ni me chifla la Naturaleza. Me encanta la ciudad, me pirra el humo de las fábricas y los automóviles, me gusta el metro, el sudor, el olor a tabaco de las discotecas, las multitudes apretadas. ¡Ah, la poesía de los rascacielos apelmazados, chorreando el tizne de las máquinas! Me enloquecen los aparatos electrónicos, los ordenadores, las luces. Ya lo ven. Sólo hay una cosa en la que coincido con mis antecesores. Bueno, y si lo pienso un poco, ni siquiera en eso. Me refería a mi padre; no es que no quiera al viejo, no, ¿cómo no iba a quererle?. Pero ni me interesan sus asuntos, ni me quita el sueño su dinero, ni me preocupa su política, ni tampoco creo en sus posturas de triunfador y de hombre de mundo.

Aparición del amigo.

TERAMENES.— Hipólito, Hipólito ¿dónde te escondes?

Hipólito permanece en silencio.

TERAMENES.— Soy yo, tu amigo, / aquél que compartía tus días y sobre todo tus noches. / Todos lamentamos tu ausencia. / Hipólito, vuelve! / ¡Ah, las noches, Hipólito, están como nunca! / Florecen propuestas en todas las esquinas. / Hay risas entre las copas, y la hierba despierta los sentidos. / Hay largos amaneceres de cuerpos que se vuelven rojos en el abrazo. / ¿No recuerdas, Hipólito? / ¡Qué leona, qué furia, qué despropósito te alejó de nosotros? / Nosotros, tus amigos. / Hipólito, no me vengas con rollos, / tú siempre despreciaste a las mujeres.

HIPÓLITO.— ¡Eh, tú!

Con grandes máscaras vuelven ahora los personajillos A y B para entonar el canto de los amigos prometedores.

Suave es la noche
cuando uno tiene veinte años.
Suave y bestial el encuentro de los dedos,
la aventura del sufrimiento,

Suave y alegre el tintinear de la ginebra en los vasos manchados,
Suave el contorno de los muslos,
La danza del pantalón que oprime y muestra.
Suave la promesa de despertares en lugares sin nombre,
Suave y bueno el beso del amigo
La apuesta por el juego que no compromete.
Suave y placentero el goce.
Suave es la noche
cuando uno tiene veinte años.

HIPÓLITO.— Y yo aquí, como un idiota, enredado en redes de las que ya no sé cómo librarme. Yo aquí.

HIPÓLITO desaparece, se enciende la luz, donde está FEDRA.

FEDRA.— No va a venir, dueña, tampoco esta noche va a venir...

ESCENA III

TESEO.— Sabes, desde hace varios días duermo mal. Me asaltan los fantasmas y necesito de tu compañía. Por eso vengo a ti. Por eso abandono negocios y compañeros para refugiarme junto a mi esposa. ¡Ay, la luna caprichosa en tus ojitos de niña grande! Ven acá, ven conmigo. Teseo, tu esposo, viene a ti.

¿Me rehúsas? La culpa es mía. toda mía. Te dejo demasiado abandonada, no te dejo disfrutar de mi compañía. Pero no te preocupes que hoy he venido para consolarte. Ay, tontina, no me rehúyas. Tu esposo está hoy dispuesto a...

FEDRA.— ¡Cómo veo en ti los rasgos del que fuiste! Aquella nariz altiva y grande, esa boca prieta y pequeña, esa mandíbula firme y ese cuello de garza. Quisiera dormir con él esta noche.

TESEO.— ¿Con quién?

FEDRA.— Con ese que fuiste y hoy ya no eres, con esos veinte años jugosos y llenos de brío.

TESEO.— Deliras, amor. Pero hoy seré tu bardo. Voy a tocar las cuerdas para que la caja templada resuene debidamente.

FEDRA.— Sólo él puede arrancar sonido.

TESEO.— Él soy yo ahora, un poquito más grueso, un poquito más calvo pero todavía...

FEDRA.— Él me posee noche tras noche.

TESEO.— ¡Ay, soñadora! Ya sé que me añoras cuando no estoy, sé que sueñas conmigo, con el que fui, aquél ardiente de las primeras veces. Pero hoy no voy a defraudarte. Además, tú lo sabes muy bien: el tiempo no pasa en vano y la experiencia cuenta. ¿No vas a decirme ahora que entonces era mejor? Ahora que tu Teseo conoce cada parte de tu piel, ahora que desde lejos podría adivinar lo que deseas.

FEDRA.— Él no necesita adivinarlo, él y yo somos uno.

TESEO.— No te pongas pesada. Él al fin y al cabo soy yo y no he cambiado tanto.

FEDRA.— Perdona, estaba distraída. Últimamente estoy muy mal. No me hagas demasiado caso. Él no va a venir.

TESEO.— Tontona, él está aquí contigo. Hoy sí he venido, claro que he venido. Y ya verás cómo no te decepciono. Vas a olvidar mis veinte años, queridita, y no habrá Ariadna que se interponga en mi camino. Tengo las fuerzas del toro que poseyó a tu madre.

FEDRA.— ¡Cómo la entiendo ahora!

TESEO.— Vaquita mía, ternerita. La verdad es que he tenido suerte con las mujeres de tu familia. Hay volcanes

ardientes en esa sangre y yo estoy dispuesto a mugir como un toro en celo si es eso lo que tú quieres.

FEDRA.— ¿Has venido? ¿Has vuelto? Pero ¿qué pasa? No te reconozco. Tu piel es hoy más dura, más seca. Tu caricia... ¿Dónde está tu caricia? Apártate. ¿Por qué te has disfrazado? ¿Por qué esas arrugas que te hacen endurecer el ceño? ¿Por qué ese rictus amargo en la boca? ¿Por qué esas bolsas bajo los ojos? ¿Por qué esas manos torpes al recorrerme? ¿Y el escalofrío? ¿Y las agujas clavándose en cada uno de mis poros?

TESEO.— Vamos, deja el juego. Vas a conseguir que me enfade. No soy ya un Apolo, desde luego, pero tampoco eres ya la de entonces. Anda, cariñín, se buena. No me lo pongas difícil.

Se apagan las luces. Aparecen los dos personajillos.

PERSONAJILLO A.— De tal palo, tal astilla. Si la madre sale rana...

PERSONAJILLO B.— Rana la hija saldrá. ¿Quién es el que pone la ley?

PERSONAJILLO A.— La norma pone la ley.

PERSONAJILLO B.— ¿Y quién pone la norma?

PERSONAJILLO A.— Es cosa de la moral.

PERSONAJILLO B.— ¿Y quién decide la ley moral?

PERSONAJILLO A.— El dios, los dioses, tu dios,

mi dios. Tu norma y mi norma son diferentes; tu dios y mi dios se llevan mal. Si yo mando yo impondré mi ley, si tú mandas me tendré que aguantar.

PERSONAJILLO B.— ¿Por qué varía le ley?

PERSONAJILLO B.— La ley, ya lo sabemos, es hija de la voluntad del que legisla.

PERSONAJILLO B.— Pero la norma no es arbitraria, la norma depende de.

LINO.— La Sabia Naturaleza. Yo me quedo con la ley natural. Queriditos. el único dios es la sabia naturaleza que ordena.

PERSONAJILLO B.— Que la nena no lo haga con su papá, ni el nene, por supuesto, con su mamá.

PERSONAJILLO A.— Y ordena también que nunca deben hacerlo.

PERSONAJILLO B.— Igual con igual, ¡por eso se llama contra natura.! Luego es natura evidentemente quien impone la norma.

PERSONAJILLO A.— Por tanto: ni hermanos.

PERSONAJILLO B.—.ni hermanas.

PERSONAJILLO A.— Ni madres..

PERSONAJILLO B.—.ni padres.

PERSONAJILLO A.— Ni casi primos.

PERSONAJILLO B.— Y además.

PERSONAJILLO A.— Desde luego no te fijes en

aquél que tú mismo es. Natura dice que no te corresponde. Así de claro.

PERSONAJILLO B.— Oye, eso de natural no lo entiendo del todo. Suponte que a mí tú, por ejemplo... uuhm

PERSONAJILLO A.— ¿Qué uuhm?

PERSONAJILLO B.— Pues eso, que...

PERSONAJILLO A.— ¿Ah sí? ¿Desde cuándo?

PERSONAJILLO B.— ¡Quita, no digo que ya, sino que podría ser! Era un ejemplo.

PERSONAJILLO A.— Ya me parecía a mí.

PERSONAJILLO B.— Bueno. ¿Y si sí?

PERSONAJILLO A.— ¿Si sí, qué?

PERSONAJILLO B.— Pues que lo que a mí no muy afortunada, pero sí precisa naturaleza, le apetece, no puede ser en contra de la naturaleza, digo yo. O me apetece o no me apetece. El hombre es un ser natural, yo soy naturalísimo, la naturaleza misma. ¡Salvaje me llamaba mi madre! Pues si la naturaleza se me revuelve, se me inquieta un poquito y de pronto voy y te miro con otros ojos. ¡Ay, pero cómo te sientan esos caracolillos!

PERSONAJILLO A.— Corta, corta de una vez. Luego, ahí dentro seguimos tú y yo dándole a la naturaleza. En contra o a favor, según se mire.

PERSONAJILLO B.— Lo del incesto.

PERSONAJILLO A.— ¿Qué incesto?